

ción, para retirarnos á meditar espacio estas grandes é importantes verdades.

Paula. ¡Ojalá hagais de ellas todo el buen uso que Dios aguarda de vosotras!

Agripina Sobre esto vamos á trabajar con todo empeño: pídele á Dios, que bendiga nuestros buenos designios.




---

## CONVERSACION XXV

SE CONTINÚA LA CONVERSACIÓN PRECEDENTE.

Agripina. Sobremanera obligadas nos has dejado con la conversación pasada; y deseáramos vivamente nos hiciéces el favor de continuarla.

Paula. Lo haré de buena gana; no necesitando yo más, que saber que esto es lo que á vosotras os complace, para que á mi me dé todavía mayor gusto.

Austrúda. No es precisamente ya la falsa Devoción, sobre la que deseamos oírte; sino sobre una menuda série de ciertas cosas, que son muy ordinarias en la vida cristiana.

Paula. Pues explicáos; que yo estoy muy pronta á satisfaceros.

Agripina. Ante todas cosas nos has de dar, si gustas alguna regla por donde nos gobernemos para cuando el mal humor llegare á apoderarse de nosotras.

Paula. Entre todos los defectos que padecemos, no sé que haya otro más gravoso que éste; ni que más vigorosamente necesite ser combatido.

BIBLIOTECA

Austrúda. Y ¿qué medios habrá para eximirse de él?

Paula. Hay muchos. Primeramente, es necesario echar mano de la reflexión, y consideran atentamente, cuan vergonzoso es dar lugar á que la razón, y aun la religión, queden como sepultadas en un humo, que en su principio y su fin no es más que un poco de polvo.

Agripina. A mí me agrada mucho este medio, y aun me parece hartó bueno.

Paula. Lo es con efecto: pues ¿qué cosa más eficaz para destruir este defecto, que la consideración de ser él quien sojuzga y avasalla lo mejor y más noble que tenemos, á lo más vil y despreciable que hay en nosotras?

Austrúda. Pues ¿qué? ¿Tan mala cosa es dejarse llevar del antoja de sus humores?

Paula. Lo mismo es eso, que si preguntases: ¿qué? ¿Tan malo es obrar como bestias? ¿Hallas tú acaso mucha diferencia entre estas dos cosas? Yo por mí, no la encuentro.

Agripina. ¿No hay algún otro medio para curar esta dolencia?

Paula. El que nos propone el Apóstol Santiago, (1) mandándonos que recurramos á la oración.

Austrúda. Pero eso de orar, no es ocupación gustosa ni á propósito para desterrar el mal humor.

(1) Jacob. 5. 15.

Paula. Verdad es, que ésta no es una ocupación gustosa; pero, no obstante, es cuanto cabe para disipar los malos humores; porque en la oración hablamos con Aquel que tiene un imperio soberano sobre las pasiones, como sobre todas las cosas; y que por consiguiente puede alejarlas de nosotras y desvanecerlas, según y como el Señor le pluguiere.

Agripina. Ahora me haces entender lo que yo no comprendía; pero dime: ¿es esto todo lo que hay que hacer para disipar estos humores que tanto nos incomodan?

Paula. Aún hay otro medio eficacísimo; que es el de descubrir francamente desde luego el estado en que aun se halla, á alguna persona de confianza, que pueda ayudarnos; y hecho esto, usar de cánticos ú otras cosas semejantes, que puedan recrearnos inocentemente.

Austrúda. Esa instrucción que acabas de darnos, jamás se la había oído yo á otra alguna persona; y me parece de las más importantes para la vida cristiana.

Paula. Como esta es una enfermedad demasiado común, es bien forzoso, que haya para ella diferentes remedios.

Agripina. Pasemos ahora, si te parece, á la conducta que es necesario observar en los trabajos; que son una cosa tan continúa en esta vida, que apenas se puede respirar ni un momento con libertad.

Paula. Lo primero que se debe hacer en estos lances, es suspender por algunos instantes los primeros

movimientos del alma, cuando se ve acometida de ellos.

Austrúda. Y ¿por qué, díme, se ha de hacer esta suspensión?

Paula. Porque si no dáis lugar á la reflexión, antes de hacer ó de hablar, no podréis menos de cometer alguna falta.

Agripina. Con eso descubro ya el verdadero origen de las que yo suelo cometer, cuando me sucede algún trabajo, pues confieso, que no me paro á recapacitar nada, y que me entrego sin reflexión á cualesquiera impresiones que se me presentan.

Paula. ¿Véis ahora las consecuencias que de ahí se siguen? Pues á fuerza de dejarse llevar de esas primeras impresiones, se contrae un hábito ó costumbre de no querer sufrir nada, que dura hasta la muerte.

Austrúda. Y ¿qué inconveniente tiene esto?

Paula. Aunque no tuviése otro, que el dar mal ejemplo á todas horas y á cada paso; el ser débil y cobarde todo la vida, y no saber jamás tolerar nada con constancia; ¿te parece todavía poco?

Agripina. Mas, para tener una tal constancia, se necesita la gracia de Dios, y una gracia muy eficaz.

Paula. Es así; pero Dios, que quiere que tengas esa fortaleza, y que la espera de tí, seguramente te la comunicará, si de veras se la pides.

Austrúda. Fácilmente comprendo ya, que esta mi debilidad y flaqueza proviene de lá precipitación que

tengo para hablar ó hacer algo en semejantes ocasiones.

Paula. Pues conoces ya la enfermedad de que adolecas, trata seriamente de curarte de ella.

Agripina. Y ¿se reduce á esto solamente lo que hay que hacer en el asunto?

Paula. Esto no es más que el principio; y así, es necesario pasar más adelante.

Austrúda. ¿Qué más es menester todavía?

Paula. Es necesario acudir prontamente á Dios; postarse humildemente en su presencia; reconocerse dignas de ser tratadas de aquella manera; aceptando y ofreciendo al Señor los trabajos.

Agripina. ¿Y es eso todo?

Paula. Se le han de pedir también á Dios las fuerzas necesarias para esto; pues por nosotras solas no somos capaces de sufrir nada como es debido.

Austrúda. ¿Con que en suma: lo que tú quieres es, que se ore, y que se ore mucho?

Paula. Sí; eso es preciso, porque sin el socorro de aquella nueva gracia, que Dios suele conceder á la oración bien hecha, conoceremos, sí, lo que debemos practicar; pero no tendremos fuerzas para ello.

Agripina. Ya no me espanto de no haber hecho nunca buen uso de mis sufrimientos; porque nada de eso que tú dices, ejecutaba yo; contentándome únicamente con decir, ó á lo menos, con pensar, que era una desdichada.

Paula. A todo lo expresado es menester añadir un amor sincero á los sufrimientos, y una disposición de alma, que nos halle siempre aparejadas á recibirlos.

Austrúda. Bien conozco, que todo es admirable; mas dudo tener fuerzas para cumplirlo, cuando llegue la ocasión.

Paula. Pues has de saber, no obstante, que cuando llegue la ocasión, y no fuera de ella, es cuando se ha de manifestar la virtud; porque el que no la muestra entonces, dá á entender, no que le falta la virtud, sino que la posee absolutamente.

Agripina. Todo cuanto dices nos haces suma fuerza y nos convence; prosigue con tus documentos.

Paula. Si quisiéreis acertarlo, comensad esta obra desde muy luego, y aplicáos particularmente á venceros en las pequeñas ocasiones; porque si en esto os descuidáreis, nunca, nunca seréis capaces de sostener las grandes.

Austrúda. Cuando dices, que es necesario mirar con amor los sufrimientos, ¿dás á entender, que también es menester buscarlos?

Paula. No, no hay necesidad de eso; porque á cada paso tropezamos con ellos, como nos sucede con las flores en la Primavera. A lo que vamos es, á que cuando se nos presentaren, los recibamos bien; y para recibirlos bien, es necesario amarlos, ó á lo menos, no tenerles demasiada repugnancia.

Agripina. No cabe más en el asunto. Enséñanos

ahora, como nos hemos de haber y portar en nuestras faltas diarias.

Paula. Sentad desde luego, como un principio cierto, que nunca jamás han de cometerse con propósito deliberado; que es menester no tener nunca afecto á ellas; y que, luego que se hubieren cometido, debe concebirse un verdadero dolor de ellas, humillarse, y pedir perdón á Dios.

Austrúda. Te parece, que sería muy útil mantenerse por mucho tiempo en esta disposición?

Paula. Siempre que esta disposición venga, ó sea inspirada por el Espíritu Santo; nunca parecerá demasiada su duración; pero se necesita mucho cuidado en eso; porque sucede, y no pocas veces, tenerse por disposición de lo Alto, lo que es puramente un secreto disgusto del amor propio, que se enfada y se aflige de verse siempre imperfecto.

Agripina. Aquí nos descubres ya un nuevo lazo del demonio.

Paula. Pues haced todos los esfuerzos posibles, para no dejaros sorprender de él.

Austrúda. Enséñanos, si quieres, cómo se podrá hacer el debido discernimiento en este punto.

Paula. Eso es fácil: el dolor que viene de parte del Espíritu Santo, es suave y apacible, el otro está lleno de turbación y amargura; el del Espíritu Santo, nos inclina á la humildad y nos hace más humildes; el otro no hace sino fomentar y fortalecer la soberbia; el del Espíritu Santo nos hace más precavidas, avisadas

y vigilantes; el otro nos lleva y encamina hacia el desaliento y el abandono.

Agripina. Y ¿darías tú á alguien el consejo de que estuviése pensando siempre en sus faltas?

Paula. Eso no sería útil; y aún recelo, que pudiera ser perjudicial. Bastará pensar en ellas el tiempo del examen, y cuando haya necesidad de algún contrapeso para reprimir el orgullo. El hacerlo de otra suerte, sería descaecer demasiado, y inhabilitarse para servir á Dios con libertad, confianza y alegría; disposiciones que indispensablemente se requieren para hallar dulzura en el servicio de Dios.

Austrúda. Siendo este el uso que se debe hacer de las propias faltas; ¿cuál es el que se ha de hacer de las ajenas?

Paula. Es necesario tratar cuidadosamente de no notarlas; es necesario, en cuanto haya arbitrio, apartar de ellas la imaginación; y en caso de haber de pararla algún poco, es menester que se haga con el fin de disculparlas, ó con el de tomar algunos medios para precaverlas.

Agripina. ¿Y no será permitido el hacer conversacion de ellas con personas juiciosas y de confianza, como veo se practica frecuentemente; an especial cuando las faltas de que se habla, no fueren muy substanciales?

Paula. Sean las que fueren las faltas; cualquiera que sin necesidad habláre de ellas, da á entender que no tiene mucha Religión.

Austrúda. ¿Cómo puede ser eso, á vista de los repetidos ejemplos que acabo de citarte?

Paula. Vedlo claro: porque la Religión nos obliga á que reprimamos nuestra lengua; á que ocultemos las faltas del próximo; á que jamás ofendamos á nadie. Y no tiene la menor duda, que el que sin necesidad habla de las faltas ajenas, hace todo este mal.

Agripina. Otras muchas cosas teníamos que preguntarte, si no temiésemos serte ya molestas: dínos solamente, para concluir, aunque no sea más que una palabra acerca de los Sacramentos, la Oración, y lectura de buenos Libros.

Paula. Por lo tocante á los Sacramentos, á lo que se ha de tirar principalmente es, á sacar siempre fruto de ellos.

Austrúda. ¿Y qué será mejor? ¿Recibirlos con frecuencia, ó recibirlos pocas veces?

Paula. Lo que importa es, que no echéis en olvido, que el comulgar con frecuencia, ó el hacerlo raras veces, no es lo que nos santifica, sino el comulgar dignamente: aunque mejor sería comulgar frecuentemente, siempre que se estuviése en buena disposición para ello. (1)

Agripina. Por lo menos, el espíritu y la intención de la Iglesia es, que se comulgue con frecuencia.

Paula. Es verdad; con tal que esto se haga santamente.

(1) Véase la conversacion LXVI. Tom. III.

Austrúda. ¿Y qué regla hemos de seguir en esto?

Paula. La que os prescribiere el Confesor que Dios os hubiese dado; porque en el mismo hecho de dároslo, manifiesta ser su voluntad, que le obedezcais.

Agripina. Vituperarías tú el que se quisiera comulgar con frecuencia, nada más que porque se vé, que otras comulgan á menudo?

Paula. Peligrosa sería esta conducta. Así, lo que debe hacerse es, exponer ó insinuar solamente sus deseos; después dejarse gobernar, y darse siempre por contenta con lo que dispusiere nuestro Director.

Austrúda. ¿Se ha de entender esto mismo respecto de la Oración?

Paula. Sí; tanto de la Oración interior que se llama *mental*, como de la exterior ó *vocal*: al Confesor le toca igualmente reglar el tiempo de la una, y la cantidad ó extensión de la otra.

Agripina. ¿No hay algún otro género de Oración, á que poder dedicarnos?

Paula. Todas las demás se reducen á una de estas dos. No obstante, hay una especie de Oración, que es sumamente útil, y consiste en tener siempre el corazón unido á Dios, y en elevarse de cuando en cuando hacia él, por medio de unos ímpetus ó afectos encendidos, y vivas aspiraciones, que se llaman Oraciones *jaculatorias*; las cuales debieran ser muy continuas y muy fervorosas.

Austrúda. Por lo que hace á la lección de buenos Libros, ¿cuál es tu dictamen?

Paula. Que se deben leer pocos; que los que se lean,

se hayan de leer bien; y que se escojan con preferencia aquellos, que corren con universal aceptación.

Agripina. ¿Qué es lo que se ha de buscar en su lectura?

Paula. Aquello que sea capaz de iluminar el entendimiento; de nutrir é inflamar el corazón; y también de hacer emplear las manos.

Austrúda. ¿Qué quieres decir con esa expresión de emplear las manos?

Paula. Lo que quiero decir es, que todas nuestras luces, y buenos movimientos interiores deben enderezarse á la práctica; pues de otro modo, sería exponerse á ilusión y engaño.

Agripina. No hay ya para qué detenerte más: nosotras quedamos plenamente satisfechas con tus instrucciones, y vamos á trabajar sobre ponerlas en ejecución.

Austrúda. Yo puedo asegurar, que mi sentir es en todo igual al de mi compañera; y que no cabe estar ni más contenta, ni más agradecida, ni más pronta que lo que yo estoy, para aprovecharme de todos tus documentos.

